



HAL
open science

Introducción

Maricruz Castro Ricalde, Marie-Agnès Palaisi

► **To cite this version:**

Maricruz Castro Ricalde, Marie-Agnès Palaisi. Introducción. Mare et Martin. Narradoras mexicanas y argentinas siglo XX-XXI. Antología crítica, pp.15-28, 2011, 978-2849340776. hal-03229314

HAL Id: hal-03229314

<https://hal.science/hal-03229314>

Submitted on 18 May 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

**Maricruz Castro Ricalde y Marie-Agnès Palaisi-Robert,
NARRADORAS MEXICANAS Y ARGENTINAS siglos XX-XXI.
Antología crítica, Paris, Mare et Martin, 2011, pp.15-28**

INTRODUCCIÓN

Narradoras mexicanas y argentinas: fines del siglo XX

Las literaturas de México y Argentina han sido dos de las más visibles en el contexto latinoamericano, desde el siglo XIX. Las relaciones entre ambos países favorecieron, a lo largo del siglo XX, un fructífero intercambio cultural alentado desde los ámbitos más diversos. Las dictaduras militares y las condiciones políticas fueron otras dos variables que permiten especular sobre la existencia de una “post-identidad”, enmarcada en las prácticas de los exilios y las emigraciones. Ello pudo haber influido tanto en las temáticas como en la configuración de los textos generados por sus escritoras. Desde esta perspectiva, es válido preguntarse sobre la recepción que tuvieron en Argentina los discursos literarios generados en México y viceversa.

En la narrativa escrita por mujeres notamos un especial énfasis, desde los años 80, en la construcción de personajes femeninos como sujetos sociales. Ello habla de la desnaturalización de las opresiones múltiples de los individuos, y el género femenino en concreto, en el seno de las sociedades patriarcales. Resulta también claro que esta producción intenta proponer modelos alternativos a las sociedades de fin de siglo y principios de una nueva centuria. Tales propuestas no hubieran sido posibles apenas cincuenta años atrás. En México, es notorio el papel desempeñado por Rosario Castellanos, al abrir la literatura a las mujeres no sólo como objeto de la historia, sino como sujeto de la misma. Las investigaciones de las últimas décadas han tratado de visibilizar el papel desempeñado por otras sobresalientes autoras, anteriores a Castellanos: Nellie Campobello, Elena Garro y Josefina Vicens, por mencionar algunas. Las narradoras nacidas entre fines de la primera década y los años 50, que publican entre 1970 y 1990 – entre las cuales se encuentran Guadalupe Dueñas, Amparo Dávila, Inés Arredondo, Julieta Campos, María Luisa Mendoza, María Luisa Puga, Silvia Molina, Ángeles Mastretta y Laura Esquivel, de un extenso listado – van liberando a los textos de las imágenes dominantes de los géneros femenino y masculino. La generación de

escritoras nacidas en los años sesenta ha diversificado los intereses temáticos y, en muchas ocasiones, se ha atrevido a tomar arriesgadas decisiones de índole formal.

Los aparatos culturales de Argentina y México aún presentan cierta discriminación basada en una bipartición o bicategorización sexual y todavía resulta difícil que el canon, supuestamente objetivo y universal, reconozca el valor intrínseco del arte de las escritoras, cada día más numerosas, que se atreven a publicar. La investigación interesada sobre las relaciones de género ha efectuado una amplia labor de recuperación de la memoria y del valor – tanto en historia como en literatura – de las protagonistas invisibilizadas, como, por ejemplo, Juana Manuela Gorriti, autora del primer cuento fantástico, y Eduarda Mansilla del siglo XIX, y Silvina Ocampo, Alfonsina Storni y Norah Lange del XX. A partir de los años 80, tras el Primer Encuentro Nacional de Escritoras realizado en San Luis en 1988, se llevan a cabo acciones para facilitar el acceso de las creadoras a foros públicos con el surgimiento, en octubre de 1998, de la Red de Escritoras Latinoamericanas con la rama argentina RELATAR, y la organización de los Encuentros Internacionales de Escritoras, en 1998 y en el 2000, en Rosario, auspiciados por Angélica Gorodischer. Éstas y muchas otras iniciativas han contribuido a que, junto con Gorodischer, hayan alcanzado la esfera internacional autoras como Luisa Valenzuela, Griselda Gambaro, Silvia Molloy, Tununa Mercado, Perla Suez, Ana María Shua, Sylvia Iparraguirre y Reina Roffé entre otras que, como María Rosa Lojo y Liliana Heker, cuestionan la dificultad de definir una identidad femenina autónoma dentro de una sociedad patriarcal.

Fenómenos ligados a la vicisitudes socio-históricas del país encontraron otra resonancia gracias a una perspectiva de género: la represión de los años 70's, el compromiso armado en contra de ella o el movimiento de las Madres de la plaza de Mayo propiciaron el crecimiento de un movimiento constitutivo cuestionador de la identidad argentina y las nociones en torno de la nación. Ambas líneas dialogaron activamente alrededor del militarismo, de las fuerzas represoras patriarcales, del espacio público sitiado y su transformación cuando lo habitan otras voces como las maternas.

Desde fines del XX se había observado un especial interés por crear, desde la narrativa, otras visiones de la Historia y la cultura, con el propósito de marcar la heterogeneidad de sus protagonistas, la relevancia de periodos ignorados o hechos olvidados. En este libro se detiene, tanto a través de *Nadie me verá llorar* de la tamaulipeca Cristina Rivera Garza como de *Cielo de tambores* de la tucumana Ana Gloria Moya, en dos momentos

significativos para sus países: la Revolución mexicana, en el primer caso; la independencia argentina, en el segundo. A través de relatos de vida, en el terreno de la ficción, el lector obtiene otras miradas que preguntan insistentemente sobre los mecanismos empleados para fijar las Historias oficiales. Provincianas, locas, prostitutas, morfinómanos o indias, negras y mulatas hablan y se hacen escuchar, diversificando a los personajes usualmente inscritos en los procesos de conformación de las identidades nacionales.

La atención aquí prestada a los textos de la autora mexicana Verónica Murguía revela también la ampliación del escenario literario, mediante una doble vía. La obra de Murguía funciona como una bisagra que comunica ámbitos diversos: la resemantización de mitos, textos bíblicos y pertenecientes a otras tradiciones culturales que la emparentan con la proliferación de narraciones, cuyo punto de vista se sitúa en los márgenes de la Historia. La segunda línea la ubica en el ensanchamiento canónico de los géneros literarios, a través de lo fantástico como un mero punto de partida.

Un nutrido grupo de los trabajos de este volumen se centra en las estrategias formales de autoras cuyo reconocimiento sigue siendo otorgado por la lectura de especialistas: las mexicanas nacidas entre los años diez y veinte (Guadalupe Dueñas, Elena Garro y Amparo Dávila) y las argentinas Silvina Ocampo (1903-1994) y Angélica Gorodischer (1928). En los relatos de las primeras, no se avizora salida alguna para las protagonistas y sólo el mundo interior, el de la locura y el horror, transparenta hasta qué punto el exterior puede ser amenazante e intimidador. A pesar de ello, el humor negro y la ironía, el dejo pícaro y el guiño cómplice campean en la narrativa de todas ellas. La contemporaneidad de Gorodischer le permite estructurar discursos que interpelan a las dictaduras en Argentina, la guerra sucia y los dispositivos del Estado al igual que a los procesos hegemónicos impulsados desde el imperialismo cultural o la globalización.

Elegir hablar desde géneros como el fantástico, en sus formas más plurales, o el policiaco –como lo hace la argentina afincada en México, Miriam Laurini– convoca a especular las razones por las cuales las autoras analizadas se sienten “cómodas” en ellos y considerarlos como sitios estratégicos para su escritura. Esta posicionalidad enunciativa revela cómo los llamados “géneros menores”, supuestamente más cercanos al gusto popular, pueden avenirse y crear un lugar en donde fondo y forma, contenido y expresión, se manifiestan como elementos indisolubles en la conformación de todo texto artístico. Así, la cotidianidad, los acontecimientos “poco” significativos, los personajes que protagonizan vidas grises y poco

atractivas, los hechos desdibujados de una nota periodística que apenas si aparece en un rincón de la sección policiaca, la precocidad y rápida pérdida de vigencia de estos discursos periodísticos, pueden leerse como paradigmas del hecho literario mismo, cuando es producido por una mujer, un autor desconocido, uno proveniente del margen. La preferencia por estos géneros exhorta, así, a reflexionar tanto sobre los dispositivos discursivos seleccionados como la relevancia del contexto de sus creadores, cuya lectura deriva en nociones clave para la teoría contemporánea: las voces de la subalternidad, la alteridad, lo alto y lo bajo.

Gran parte de las autoras representadas en esta colección manejan tanto el arte del cuento como el de la novela. Son de notar algunas tendencias propias de cada género. Los cuentos parecen ser el espacio predilecto para lo fantástico y lo policíaco. El primero permite superponer espacios privados y públicos, y funciona como la sublimación del otro. En él también se expresa lo inefable, lo imposible, lo inexistente o vedado por los códigos sociales. En cambio, cuando las escritoras se apoderan del género policíaco, dirigen las investigaciones con destreza y hacen trizas la dominación masculina y el machismo; se trastornan, así, los códigos del género que hace siempre del hombre, el verdugo y de la mujer, la víctima.

En las novelas, uno de los grandes retos de las escritoras es volver sobre la historia tanto de su propio país como de uno ajeno. La literatura actual traspasa las fronteras nacionales para plantearse preguntas más ontológicas e intentar definir al ser humano en su multiplicidad, entre las cuales, y sólo entre las varias posibilidades existentes, encontramos a la mujer. Este cuestionamiento cruza la reconstrucción de la historia, a partir de un punto de vista que no es el canónico, el patriarcal y el nacionalista. Pero también en las escritoras más jóvenes y las novelas más recientes, volver sobre la historia no significa sólo dar un punto de vista marginal o marginado. Se trata de visibilizarla dentro de la construcción del devenir. de los países y eso pasa, a veces, por la negación total de lo existente. De esa manera se muestra que es posible construirse fuera de las grandes corrientes sociales, culturales y políticas, cuando éstas silencian parte de la población. Ya no más una visión unilateral de la historia: se acepta la pluralidad de las voces y eso implica que puede ser narrada desde las biografías personales y las escrituras en contraste.

Nos parece válido apuntar que aun cuando existe un sesgo favorecedor hacia la recuperación de “pequeñas” historias, voces, enclaves, temporalidades o tópicos y un marcado interés por desarrollar estrategias discursivas poco tradicionales, las prácticas de la crítica

académica continúan estandarizando los formatos y homogeneizando las estructuras del ensayo.

Sobre el presente volumen

Quienes hoy fungimos como editoras convocamos, a principios de 2008, a la comunidad académica estudiosa de la narrativa mexicana y argentina, a participar en el simposio “Cambios y continuidades en la narrativa de escritoras mexicanas y argentinas”. Éste se celebró en el marco del 53 Congreso Internacional de Americanistas, entre el 20 y el 22 de julio de 2009, en la Ciudad de México. Fueron tres días de una actividad intensa, en la que prevaleció una atmósfera de interés y participación entre los 28 ponentes y otros asistentes, la intervención de cuatro escritoras (Aline Petterson, Silvia Molina, Ana Clavel y Verónica Murguía) y sesiones nutridas de preguntas, comentarios e intercambios de información. Los breves textos leídos se siguieron trabajando durante casi seis meses, lapso en el que hubo un intercambio continuo entre quienes editamos este libro y quienes, finalmente, aparecen como autoras en las versiones definitivas ahora publicadas. De la aproximación de un ensayo a otro, nos parece evidente que los textos narrativos que comenzaron a circular a partir de los años ochenta proponen un enfoque paradójico, pero sólo en apariencia: recogen elementos de una tradición en la literatura escrita por mujeres y, al mismo tiempo, proponen cambios y rupturas.

Los trabajos que integran este volumen dan cuenta cabal de las afinidades existentes entre la academia y las creadoras latinoamericanas de las postrimerías de la centuria pasada. De manera simplificada, no dudamos en enclavarlos en el espectro de la crítica cultural, asumiendo el concepto con cierta laxitud: se toma como eje de las aproximaciones a los subalternos, los ausentes y los marginados; se pregunta sobre las funciones del canon e interroga cómo la narrativa enmarcada por ciertos géneros literarios (la epístola, la novela policiaca, la literatura fantástica) o leída desde un enfoque de género (a través de las prácticas sociales seguidas por los personajes femeninos o ejercidas sobre ellos) tienen la capacidad de violentar normas e instituciones.

Los estudios del libro se centran en un análisis riguroso de los textos de las narradoras seleccionadas. Dada la especificidad de la voz de las autoras actuales y, en casi todos los casos, el empleo de técnicas narrativas híbridas o innovadoras, la vertiente postestructuralista ha prevalecido en el discurso crítico elegido, a lo largo del volumen, a fin de poner en relieve

tales características. Se ha tomado en cuenta la emergencia de las voces narrativas femeninas, la estructura del espacio urbano, la representación del tiempo y la actualización de los mitos, la superposición del mundo externo e interno al individuo para deconstruir macroestructuras, siguiendo a Jacques Derrida; éstas son sustituidas por universos fictivos que dejan entrever las múltiples maneras como el género de la diferencia sexual puede ser expresado. En esta perspectiva, el trabajo sobre la palabra es central: se concibe el texto literario como una nueva manera de conectar unidades lingüísticas que construyen un mundo concreto, entre todos los posibles.

No tenemos aquí el propósito de presentar todos los artículos del volumen sino de identificar, a partir de las aportaciones de cada ensayo, algunas tendencias de las creadoras argentinas y mexicanas. Podemos resaltar cinco características de su narrativa: la transgenericidad, la transculturalidad, el recurso a lo fantástico como reflejo sublimado (o no) de la realidad, otra representación de la historia y prácticas diferentes de la escritura.

Maricruz Castro Ricalde presenta la narrativa de una Guadalupe Dueñas transgénica. Sus textos imbrican el horror y lo fantástico que habita lo cotidiano; esta escritora mexicana da la palabra a los olvidados y silenciados de la sociedad. El mundo de Amparo Dávila y Silvina Ocampo igual dibuja esa inquietante extrañeza que parece corresponder al espacio privado, íntimo y singular de la mujer, marcado por la locura, según apunta Anouck Linck. Cathy Fourez, a través de la novela de la argentina Miriam Laurini, muestra la ruptura de los cánones de lo policiaco, encabezados, incluso, por otra escritora representante del género, la mexicana María Elvira Bermúdez. Los análisis aquí presentes son un ejemplo de que no se puede agrupar toda la literatura escrita por mujeres debajo de una misma bandera, como suele suceder en diversas antologías. Dueñas, Dávila, Ocampo y Laurini, complejizan las relaciones de dominación entre hombres y mujeres y, para ello, la transgresión de los géneros literarios es una útil herramienta. Por su parte, sostiene Betsabé Huamán, los personajes de Elena Garro encuentran en la fantasía, la ambigüedad de la narración y el traslape de la temporalidad, una manera de escapar de la crueldad de los espacios domésticos.

Angélica Gorodischer maneja con destreza la transgenericidad y la transculturalidad. Está presentada por Graciela Aletta da Sylvas, Aída Gambetta y Maya Desmarais, quienes celebran la artesanía del lenguaje que permite cuestionar los canones para dinamizarlos y rebelarse en contra de la violencia patriarcal. Su práctica de la escritura, desde la multiplicidad, induce al lector a reconstruir el sentido por sí mismo e involucrarse en la

emancipación del sujeto femenino. A través de la exploración de formas narrativas como el microrrelato y tópicos como el secreto, Luisa Valenzuela —a la manera de Gorodischer— escribe para no olvidar, para preservar la memoria, concluye en su trabajo Esther Bautista.

Otra preocupación de las obras publicadas por las escritoras mexicanas y argentinas entre 1980 y la primera década del siglo XXI sigue siendo, como las autoras de la generación anterior, reescribir la historia desde lo no políticamente correcto y la verdad de los oprimidos. Es el caso de Claudia Piñeiro estudiada por Ana María del Gesso y de Cristina Rivera Garza por Irene Fenoglio. Esta última escritora logra, en una vertiente de la nueva novela histórica, apartarse de sus pares mujeres que abordaron el tema: silencia casi totalmente la Revolución Mexicana para conflictuar ese periodo que otros reivindicaron, durante varias décadas, como el decisivo para la conformación de la identidad mexicana y como el principio del México moderno, incluso a costa de falsear los valores de la lucha campesina. Por su parte, y de manera semejante, Ana Gloria Moya, a partir de una visión periférica sobre la historia, destruye el mito de una Argentina exclusivamente europea, indica Emilia Arce.

Eso nos recuerda que América Latina, y en particular México y Argentina, se constituye por una pluralidad que durante mucho tiempo fue negada e invisibilizada, y que en el presente persiste tal obliteración, expresada con otros signos. Lo demuestra Luz María Lepe a partir del análisis de relatos expresados en la voz de mujeres de origen indígena. Esta literatura revela una doble colonización, contra la cual se insubordinan la escritoras oaxaqueñas: su intención es erosionar los discursos hegemónicos, ya sea desde las fronteras internas del sistema mundo (la crítica y la teoría de corte feminista europeo), o desde las fronteras externas (el giro decolonial, como una vertiente de la crítica postcolonial latinoamericana).

Aunque parezca ser un movimiento contrario, en algún sentido, es igual abrirse al otro la posición de Verónica Murguía **que aborda las afinidades entre la literatura mexicana y el medio/lejano oriente. Anadeli Bencomo ubica los cuentos de esta narradora en la veta de Octavio Paz: su orientalismo es más bien una** indagación filosófica acerca de la experiencia del ser humano frente a ciertos dilemas trascendentales y, en el caso de Murguía, se conjuga con su pasión por la historia y su inquietud por interrogar con nuevos ojos, viejos mitos, de acuerdo con la posición de Sylvia Morín. Las escritoras mexicanas de la siguiente generación, las nacidas en la década de los setenta, han optado por otras vías, analiza Elizabeth Vivero. Susana Pagano, Sylvia Aguilar Zéleny, Vizania Amezcua y Cristina Rascón

se han nutrido de un entorno multicultural, multilingüístico y multidiscursivo que ha redundado en una narrativa “deslocalizada”, en la que los problemas nacionales han dejado de ser un tópico de importancia.

Pero el punto común en todas las narradoras es lo que Nora Pasternac observa en la correspondencia entre Victoria Ocampo y Gabriela Mistral. Subraya la *incomodidad* de las mujeres con la lengua y éste es un rasgo específicamente femenino. La solución encontrada por Ocampo, por ejemplo, es el uso de un idioma extranjero como una estrategia para huir de la autoridad monológica masculina. Ésta es una característica de otras muchas escritoras contemporáneas, pero cada una encuentra su propia vía verbal. Terminaremos este recorrido por la narrativa actual con Silvia Molina que, como dice Marie-Agnès Palaisi-Robert, escogió un camino para dialogar con la voz masculina imperant; al volverla intersubjetiva, la integró en un diálogo plural. Así plantea la posibilidad de construir otro tipo de relaciones entre los géneros femenino y masculino.

La crítica literaria actual: de los estudios culturales a las teorías de género

Una de las tendencias más visibles de la crítica literaria contemporánea escrita en lengua española, a fines del siglo XX, ha sido la perspectiva del texto literario como discurso. Es decir, como una práctica social, cuyos valores estéticos están ligados, de manera indisoluble, a las formas de pensamiento generadas por la escritura misma. Las implicaciones de esta afirmación apuntan hacia varias direcciones. Por un lado, la crítica actual intenta superar una visión muy extendida en torno del fenómeno literario como un mero reflejo de lo social, al dotar de un peso específico al factor estético y su potencial creativo. El legado de los estudios de corte marxista y los estructuralismos aflora tanto en la convicción de la eficacia política de los discursos artísticos como en la relevancia del análisis de casos escriturales, anclados en el acercamiento a elementos precisos: los personajes, los narradores, las estrategias discursivas. Por el otro, sigue recogiendo una preocupación de gran interés: la correspondencia estrecha entre el texto y su contexto. Es decir, el alcance social del discurso literario, cuyas diversas formas de expresión llevan, en sí mismas, implicaciones de orden político.

Sin el ánimo de proponer este volumen como una muestra exhaustiva de las tendencias prevalecientes de la crítica literaria en la academia latinoamericana, la heterogeneidad de orígenes, lugares de formación universitaria, sitios de adscripción laboral, orientación y especialización de sus publicaciones e, incluso, diversidad generacional fungen como factores

que invitan a trazar una suerte de cartografía, en relación con uno de los ejes vertebrales de este libro, surgido desde su concepción: la noción de género.

Se presentan varios puntos coincidentes con lo apuntado en el *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos* (Castro Ricalde en Szurmuk y McKee Irwin, México, Siglo XXI, Instituto Mora, 2009: 112-119). Uno de ellos es su análisis desde una conceptualización que enfatiza la posición asimétrica de lo femenino y lo masculino así como una asociación implícita entre las mujeres y lo femenino, y los varones y lo masculino. Aun cuando hay cierta reiteración por la constitución de identidades móviles y no fijadas, una perspectiva constructivista y un consenso por rechazar esencialismos basados en, por ejemplo, la biología, en los discursos desarrollados sigue pesando el vínculo entre el sexo y el género y una preferencia marcada por analizar a los personajes femeninos y sus características, entre las cuales lo masculino es casi obliterado del todo: lo femenino y lo masculino conceptualmente persisten como entidades polarizadas, arguyen las académicas, de acuerdo con las lecturas realizadas. Esto se expresa en cuestiones como la asignación de un lugar para cada género. En tal espacialización se reitera la añeja división entre lo público y lo privado, entre lo abierto y lo cerrado. La casa como una expresión del cosmos puede ser una posible vía para salir de la dicotomía y pensar en la convivencia y los cruces entre los géneros. Podría extraerse del conjunto de trabajos afines, así, que las diferencias siguen significando en el ámbito de lo social.

Interesa sobremanera mostrar de qué manera se van construyendo las identidades, por lo menos en dos vertientes: las de las escritoras y las de sus personajes femeninos, principalmente. Se evidencia la actitud de negociación, casi en forma permanente, entre la singularidad de las mujeres como sujeto y sus repercusiones en el ámbito colectivo, y su ajuste a determinadas estructuras sociales de las que no puede o quiere prescindir.

Aunque son escasas las precisiones sobre la herencia de las teorías feministas del siglo XX, varios textos reconocen la deuda contraída por las autoras analizadas y la visión que sus productos artísticos proyectan, en cuanto a la desfeticización del cuerpo femenino y la incursión de sus personajes en ámbitos poco frecuentados en la literatura previa al fin de centuria (atmósferas sórdidas, oficios inusuales, deseos antes no confesados, inserción en hechos trascendentes de la Historia, por ejemplo). La transgresión como rasgo singular es una constante de las narraciones seleccionadas para su estudio.

Es curioso notar que hay temáticas que, en estos momentos, le resultan menos atractivas a las autoras de los trabajos, tal vez por haber sido atendidas acuciosamente en otras décadas o bien, porque no aparecen como tópicos relevantes en las obras de las escritoras. La maternidad, la dependencia económica, el autoritarismo del padre y el matrimonio parecen ser poco interesantes ante el papel desempeñado en acontecimientos históricos, la aparición de los personajes femeninos en espacios públicos y el impacto social producido por estas presencias inesperadas. Entre éstas, sin embargo, no se encuentran los desafíos implicados por la heteronormatividad y las implicaciones de identificaciones de naturaleza “queer”.

El repertorio de nuestras escritoras es también digno de atención, al poder leerse como una evaluación que resemantiza el canon de las literaturas mexicana y argentina, al conceder peso a los productos literarios que no provienen en exclusiva de las metrópolis (geográficas o desde la hegemonía del español como lengua oficial), y el deseo de re-conocer, desde otros códigos, a autoras “consagradas” tanto como a muchas otras menos difundidas. No obstante, y según hemos advertido, el listado no pretende, en lo absoluto, ser exhaustivo. De aquí que no figuren nombres de primera línea como el de las mexicanas Margo Glantz, Elena Poniatowska, Luisa Josefina Hernández, Carmen Boullosa, Ana García Bergua, Rosa Beltrán o el de las argentinas Griselda Gambaro, Libertad Demitrópulos, Elvira Orphée, Liliana Bodoc, Dalia Rosetti y Beatriz Vignoli, por mencionar algunas.

Si el punto de partida fueron los fructíferos intercambios realizados durante el 53 congreso de la Asociación Internacional de Americanistas, ahora nuestro objetivo es entablar un diálogo crítico con ustedes, lectores, para que la literatura de algunas de las más sobresalientes escritoras argentinas y mexicanas del siglo XX sea conocida, divulgada y estudiada, más allá de su entorno regional o nacional.

